

ejércitos á los pocos españoles encerrados en el Cuzco, sería en él una locura el soñar en semejante conspiración, cuando sus fuerzas eran tan débiles y los extranjeros tan numerosos y arraigados en el país. De nada le valieron sus descargos, porque su suerte estaba decidida de antemano, y el proceso no tenía más objeto que salvar las apariencias. Fué, pues, sentenciado á ser decapitado públicamente por traidor en la plaza mayor del Cuzco. Apeló el príncipe de esta sentencia para ante el rey, y pidió que se le enviara desterrado á España; pero no fué oído, ni se le concedió la apelación. Bien le hubiera estado al virrey el haberla concedido.

Apenas se divulgó la sentencia causó en la ciudad una grande sensación, porque nadie creía que el virrey pensara obrar con tal rigor, ni que se atravesara á tomar tan grave determinación sin permiso del soberano. Las personas principales, los prelados de las religiones y los obispos se empeñaron en apartar al virrey de esta resolución; pero fueron vanos sus esfuerzos. El obispo de Popayan Fr. Agustín de la Coruña, llegó á pedir de rodillas al virrey la vida del príncipe, y tampoco logró ablandarle. Para evitar que le siguiesen molestando, dió orden el virrey de que á

nadie se permitiera la entrada en su palacio, y mandó que sin más dilación se ejecutase la sentencia.

Los religiosos de diversas órdenes que habían intercedido por el príncipe, viendo que nada podían hacer ya por él en este mundo, quisieron con loable y cristiana caridad hacerle feliz en el otro. Trabajaron con grande empeño en su conversión; el príncipe los escuchaba atentamente y no tardó en pedir el bautismo. Diéronselo inmediatamente, y en él recibió el nombre de Pablo (10) preparándose desde entonces á morir como cristiano.

El día señalado para la ejecución que fué uno de los del mes de Mayo de 1572, salió el príncipe montado en una mula, con las manos atadas á la espalda, y caminó para el suplicio precedido del pregonero que publicaba la sentencia que había merecido por traidor. Oyendo el príncipe los gritos de aquel hombre, pidió á uno de los religiosos que le acompañaban, que le explicase lo que decía. El religioso satisfizo su deseo y entonces el Inca llamó al pregonero y le dijo: "que no publicase que moría por trai-

(10) «Púsose por nombre no don Felipe [como otros dicen] que no an visto como yo la suma de las informaciones que tengo conmigo, sino don Pablo, porque siendo noble, avia muerto degollado.» Calancha, Crónica, lib. 4, cap. 8.

dor, porque nunca lo había sido, sino porque el virrey lo había querido así."

Llegado al lugar del suplicio subió con paso firme al cadalso. Llenaba la plaza una multitud innumerable de personas de todas clases, y todos los edificios que la rodeaban estaban cubiertos de espectadores. Casi todos eran Indios, y sentían tan gran dolor de ver á su soberano en un patíbulo y tan vilipendiada la majestad de los Hijos del Sol, que sólo se oían gemidos y clamores. Los sacerdotes que auxiliaban al príncipe le suplicaron que hiciese callar á la multitud, porque era tan grande el ruido que salía de ella que les impedía atender á su ministerio. Condescendió el príncipe y una sola señal suya bastó para que como por encanto callasen todos y no se oyese en la plaza el más ligero rumor. Causó mucha admiración á los Españoles este suceso, porque les hacía ver el grande respeto que los Peruanos tenían á su monarca aun después de destronado y reducido á la triste condición de un malhechor; y el mismo virrey Toledo, que presenciaba ocultamente la ejecución desde una ventana, manifestó su asombro á los que le acompañaban. Aquella fué, sin embargo, la última vez que los Peruanos manifestaron su obediencia á los preceptos del soberano porque á pocos momentos ro-

dó por el cadalso la cabeza del último de los Incas!

Con la muerte del príncipe no quedó satisfecho el virrey, sino que continuó la persecución contra los individuos de la familia real y contra los mestizos, hijos de los conquistadores. Algunos sufrieron el tormento para que declarasen la supuesta conspiración, y todos fueron desterrados del Perú, yendo los más á las otras colonias de América, y algunos pocos á España. Dentro de un corto número de años todos habían muerto en el destierro, unos de pesadumbre y otros de miseria, extinguiéndose de esta manera la familia real y la nobleza del Perú. (11)

Los nueve años que aun permaneció en el gobierno el virrey Toledo, se señalaron con la primera correría que hicieron en las costas del Pacífico los piratas ingleses al mando del famoso Drake, cuyo ejemplo siguieron otros muy pronto. Aquel fué el principio de las piraterías, asaltos y saqueos que hasta los últimos tiempos no cesaron de hacer los ingleses en las posesiones españolas de

(11) Quedó, sin embargo, una hija del príncipe Sayri Tupac, que casó con el mismo Loyola que prendió á su tío Tupac Amaru, y más adelante obtuvieron sus descendientes el título de Marqueses de Oropesa.—Loyola fué nombrado gobernador de Chile; pero á poco tiempo le sorprendieron dormido en el campo los Araucanos y le degollaron con todos sus compañeros.

América, sin hacer distinción entre los tiempos de paz y los de guerra. El virrey armó una escuadrilla para perseguir al pirata inglés, pero mientras fueron á aguardarle al estrecho de Magallanes él atravesó el Pacífico, recorrió las islas y costas de Asia y volvió á Europa con el fruto de sus rapiñas dejando burlados á los marinos españoles. Más felices fueron éstos en otras expediciones contra los ingleses que se ofrecieron en aquel mismo tiempo y que no son de este lugar.

El año de 1581 fué relevado D. Francisco de Toledo por D. Martín Enríquez, que era virrey de México. Toledo marchó á España dejando en un estado floreciente las provincias que había gobernado, y se presentó en la corte pensando recibir la recompensa que merecía por los grandes servicios que había prestado á su país. Pero el severo Felipe II le preparaba un recibimiento muy diverso. Apenas desembarcó el virrey, el Consejo de Indias mandó embargarle los bienes, acusándole de haber cobrado por sus sueldos más de lo que debía. Toledo se presentó al rey para reclamar contra esta medida y darle cuenta de su gobierno y del estado en que dejaba la colonia; pero Felipe no quiso oírle, y volviéndole las espaldas le dijo: "Podéis iros á vuestra casa,

porque yo os envié á servir reyes, no á matar reyes," aludiendo á la trágica muerte de Tupac Amaru. Acaso no haremos una injusticia á Felipe II, suponiendo que en su interior se regocijó de la muerte de este desgraciado príncipe, porque al mismo tiempo que aseguraba completamente la sumisión de los Peruanos, le libraba de la obligación de agradecer y premiar á Toledo los grandes servicios que le había prestado.

Tan severas palabras en la boca de un Felipe II fueron un rayo para Toledo, quien no pudo resistir este golpe, y á los pocos días murió de pesar. El juicio de los contemporáneos y el de la posteridad no han confirmado el de Felipe II; y si bien la muerte del Inca y la persecución á su familia se consideran como un feo borrón de la carrera pública de Toledo, se le mira, con justicia, como el virrey más sabio, más activo y más benéfico del Perú. (12)

No entra en el plan de este resumen el

---

(12) «Siendo constante, que solo el hecho de la sentencia de aquel Príncipe pudo oscurecer la fama, y opinión de un Gobernador, cuyo zelo, aplicación, y providencia dexaron las reglas á lo futuro, por donde se ha dirigido la mayor parte de las acertadas operaciones de sus Sucesores.» Alcedo, Aviso, pág. 94.

Para lo relativo al gobierno del virrey Toledo, V. Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 8, cap. 16-20.—Barcia, Prólogo á la 2ª. ed. de los Com. Real. [Madrid, 1723.]—Alcedo, Aviso, pp. 82-94.—Herrera. Hist. General del Mundo, [Madrid, 1606.] Parte 2, lib. 9, cap. 13; lib. 10, cap. 1.—Cancha, Crónica, lib. 2, cap. 30; lib. 4, cap. 2-8.

referir los sucesos de los gobiernos de sus sucesores. El Perú disfrutó de dos siglos de paz hasta que estalló la terrible sublevación de los indígenas, en que se derramó la sangre á torrentes. El gobierno español logró sofocarla; pero su poder no alcanzó á impedir que más adelante el Perú siguiese el ejemplo de las demás colonias americanas, y cortase los lazos que le unían á la metrópoli.

Fray ANTONIO DE LA CALANCHA, autor citado muchas veces en este *Apéndice*, era natural de la villa de la Plata, en el Perú, donde tomó el hábito de San Agustín y ocupó varios empleos de importancia en su religión. Nombráronlo luego cronista en ella, y en desempeño de su encargo escribió la *Crónica Moralizada del orden de San Agustín en el Perú con sucesos ejemplares en esta monarquía*, que se imprimió en Barcelona el año de 1638, en un tomo en folio mayor de unas mil páginas. La tituló su autor *primera parte*: pero no sé que se haya publicado nunca la segunda. Comprende la obra desde el primer descubrimiento del Perú hasta fines del siglo XVI, y el principal objeto que en ella se propuso su autor fué probar, aunque sin fundamento, que su religión de San Agustín fué la primera que predicó el Evangelio en el

Perú, lo que le valió una acre impugnación de su paisano el cronista Fray Juan Meléndez, que reclamaba esta gloria para su religión de Santo Domingo.

En su crónica no se limitó Calancha á escribir las historia de su orden, sino que también refirió todos los acontecimientos que pasaron en el país desde su descubrimiento; y aunque las más veces sigue á los autores bastante conocidos que escribieron antes que él, rectifica de cuando en cuando algunos errores en que aquellos incurrieron, porque según parece, su empeño de probar la prioridad de los Agustinos en la predicación, le hizo buscar con la mayor diligencia y consultar los documentos oficiales que se guardaban en los archivos. Así es que se hallan esparcidos en su voluminosa obra algunos datos útiles que es preciso desterrar de entre la multitud de vidas de religiosos, relaciones de milagros y digresiones inoportunas con que llena la mayor parte de su libro. Ofreció una Crónica moralizada y por desgracia cumplió con demasiada fidelidad su promesa, porque á cada paso se detiene para sacar con secuencias morales de los sucesos que refiere, comparándolos con otros que se hallan en las historias sagradas ó profanas, y comentándolos bajo todos aspectos. De

aquí proviene la demasiada extensión que dió á su obra; mas si se desechan todos estos adornos superfluos queda un fondo, corto á la verdad, pero apreciable, de noticias referidas con bastante imparcialidad. Son algo más abundantes cuando trata del gobierno del virrey Toledo y de la vida de los dos últimos Incas, por la parte tan principal que tuvieron los frailes de su orden en los sucesos de este período.

A pesar de los defectos que he apuntado, la obra de Calancha es muy digna de atención, y es lástima que apenas la hayan consultado los escritores modernos, quienes acaso la habrán despreciado por el título que lleva y por ser obra de un *fraile*. Es de aquellos libro que jamás volverán á imprimirse, y los ejemplares, que ya son bastante escasos, irán siendo por consiguiente cada vez más raros.

Don Dionisio de Alcedo, autor del *Aviso histórico político geográfico*, que he citado varias veces, era padre del D. Antonio de Alcedo tan conocido por su *Diccionario de América*. Fué Presidente de la Audiencia de Quito y desempeñó otros empleos de importancia en las colonias, donde permaneció muchos años, siendo su testimonio muy respetable por todas estas circunstancias. Vuelto á España, el ministro Patiño le pi-

dió un informe sobre la conducta que habían observado los Ingleses en el Perú y demás colonias del Sur, así como los abusos que cometían á la sombra de los privilegios que obtuvieron para su comercio en el tratado de Utrecht. Este fué el motivo que tuvo Alcedo para escribir esta obra, en la que además de las noticias que se le pedían intercaló otras muchas bastante curiosas. Está escrita en forma de una historia de todos los virreyes del Perú, por orden cronológico, desde Pizarro hasta el Marqués de Villa García que gobernaba cuando el autor escribió. Su estilo aunque claro es bastante pesado por la desmesurada extensión que da á sus períodos, no siendo cosa rara que el lector recorra diez ó doce páginas sin encontrar un punto final.

